

las misceláneas con crónicas de actualidad periodística y los volúmenes de memorias. Antes de morir, de alcanzar la paz definitiva, la ascesis lleva al escritor al culto de los muertos y la frecuentación de las gentes sencillas, siempre en el dominio musulmán, todo lo cual le permite alejarse del Occidente corrompido y hedonista que niega la muerte, ignorándola, en un desaforado vivir al día. Lo que Escudero muestra en sus minuciosas lecturas de Goytisolo es que siempre el escritor barcelonés estuvo preocupado por un más allá que localizó sucesivamente en el catolicismo, el comunismo y el islamismo. La imagen del mundo como cementerio es de inspiración barroca española y va transformándose y cambiando de referencias para volver al origen y abarcar la vida como la preparación al buen morir.

Una geometría de las pasiones. Miedo, esperanza y felicidad: filosofía y uso político, Remo Bodei, traducción de José Monreal, Muchnik, Barcelona, 1995, 682 páginas.

Partiendo de las metafísicas barrocas (Spinoza, Descartes, Pascal) y proyectándose hacia el pensamiento revolucionario del XVIII, Bodei hace un documentado y robusto repaso a una de las cuestiones obsesivas de la ética: la relación entre lo racional y lo pasional. Aristóteles aconsejaba el justo medio, en tanto la tradición estoica (sobre todo, a su paso por Séneca) propone domesticar y calmar las pasiones, a efecto de convivir con ellas. No temer a la muerte, carecer de temor y esperanza, es la clave de la libertad para el «hombre invulnerable» del estoicismo, tanto que el mismo suicidio puede aparecer como un acto de amor a la vida.

Spinoza, con audacia, corta el nudo gordiano: lo que constituye al hombre no es la razón ni la pasión, sino el *conatus*, el deseo que torna a todo ser en proyecto de eterna persistencia. Frente al racionalismo que propone extirpar la pasión como enemiga de la razón, Spinoza considera que la pasión expresa a la Naturaleza, es lo cósmico del ser humano, de modo que el hombre debe aceptarla y emanciparse de ella. Descar-

tes verá en la pasión el arranque del conocimiento, porque la pasión es opacidad y obstáculo, o sea modelo de objeto a conocer. Lo imaginario es la configuración de lo ausente, un modo de saber y no necesariamente algo falso.

Ambos maestros barrocos ven la pasión como afirmación de la vida y alejamiento de la muerte, enemiga de la libertad, en oposición a la barroca melancolía, que renuncia al placer por imposible. En el extremo opuesto, Pascal define el conflicto razón/pasión como trágico, pues Dios (siempre oculto, para no dejar de ser divino) tiene la clave misteriosa de la conciliación entre ambas, o sea algo innacesible al hombre.

Si la pasión es constituyente del mundo porque identifica el objeto deseable y contiene la raíz del conocimiento, nuestra actitud raigal ante el mundo es la cartesiana admiración: mirar con atención simpática, con grave alegría, con melancólico júbilo, las cosas como si nunca las hubiésemos visto. Obstáculo y lente de aumento, la pasión convoca a su adversaria, la razón. En efecto, el espacio de la razón se abre entre la pasión y unos objetos mundanos que no guardan proporción con ella.

Bodei explora la actualidad de estos planteamientos barrocos a través de otros temas del pensamiento moderno: el egoísmo y la ética social, la democracia desde la Revolución Francesa, la conversión de la pasión personal en virtud colectiva a través del jacobinismo, la psicología del amor y el individualismo, etc.

Razón y pasión remiten a un par mayúsculo: filosofar y/o vivir. Si la razón del miedo produce la duda metódica y la razón de la seguridad produce la certeza como camino del concepto, la pasión es la que organiza, previamente, el escenario donde ocurren tales dramas. El minucioso rastreo de Bodei nos permite pensar que la época actual (suponiendo que estas palabras se escriben y se leen en la misma época) es, en cierto modo, neobarroca, o sea de modernidad en crisis. Ello acredita un repaso a los maestros del barroco y una relectura, de mayor alcance, que comprometa la insistencia filosófica obsesiva desde los griegos: ¿puede un hombre libre vivir sus pasiones?.

Retórica de lo sublime, Gianni Carchia, traducción de Mar García Lozano, Tecnos, Madrid, 1994, 187 pp.

A pesar de lo prometido en el título, el punto de partida de Carchia es la consideración, a contar desde los griegos, de la retórica como actividad autónoma, tanto respecto de la poesía como de la filosofía. Si ello es así, según proponen los sofistas, la retórica es capaz de generar persuasión en el sentido de lo verdadero o de lo bello, que es su etapa previa. Lo bello es, antes que lo verdadero, fórmula de la aspiración a lo eterno.

Platón codifica estas expectativas en el mundo empírico como anhelo de la idea inmortal. El cristianismo pone a Dios en lugar de lo ideal y el paganismo secularizado, el devenir como inmortal. En esta encrucijada aparece lo sublime, a partir de Kant y, sobre todo, en el romanticismo a través de Hegel: crecimiento infinito de un devenir que no puede detenerse ni dejar de devenir.

Carchia enlaza estas consideraciones históricas con la actualidad que el tema señala. En nuestro tiempo, el arte prescinde de lo bello para trabajar con la ironía y pospone la maestría en favor del ensayo, a menudo paródico. Todo esto pertenece al campo estético que desdeña la oposición bello/feo, es decir, el campo de lo sublime. La ética parte de lo cómico y la risa remite al Pecado Original. Un mundo patas arriba trepa con dichas patas hacia el infinito que se reclama de sublime.

Un razonamiento inteligente como el de Carchia puede vincular posiciones tan alejadas como los presocráticos y Pirandello, Baudelaire y Antifonte, ordenando y desbrozando una selva, de otro modo oscura, de fichas, ediciones críticas y literatura derivada. Este fin de siglo recuenta sus sofocantes herencias y sólo este tipo de inventario abre un conducto que las vuelve respirables.

Los pensamientos del té, Guido Ceronetti, traducción de José Ramón Monreal, Muchnik, Barcelona, 1994, 158 páginas.

Ceronetti, como su admirado Cioran, es radicalmente pesimista. Cree que el hombre es esencialmente maligno y la civilización, un conjunto de ruinas. Nuestra verdad radical no es la vida, sino la muerte, donde ya no

hay muerte y no es posible desear, o sea alcanzar o evitar la dicha.

De estos presupuestos, Ceronetti extrae el modelo de pensar a la hora del té: crepúsculo, serenidad y amargura. La forma que adopta este pensamiento impregnado de orientalismo a la inglesa, es el fragmento, la ocurrencia momentánea que no tiene precedencia ni consecuencia. Hacer otra cosa sería aceptar la construcción del discurso como lo que es, algo que discurre poniendo en escena un orden. Es cierto que no hay palabra sin ley, pero no que hay una ley inefable. Por ello, el orden sólo se advierte en la instantaneidad del lenguaje. Lo paradójico de su existencia, como advierte Ceronetti, es que nunca damos con el lenguaje, sino con las lenguas y todas ellas reproducen su ordenancismo, en cualquier tiempo y lugar, pero no se las puede reducir a un lenguaje que se articule como lo común del género.

Todo pesimismo radical tiene algo de tranquilizador. Si sé que vivo en un mundo malo y que nada puede mejorarse, ni siquiera empeorarse, se también a qué atenerme y bebo plácidamente mi taza de té. El pesimismo ordena mis expectativas. Ernst Jünger decía de Jean Cocteau que vivía en el infierno, confortablemente instalado en él. Este fin de siglo pesimista y leve nos pone al alcance de la mano una visión catastrófica de la historia que, por no tener, tampoco tiene siquiera patetismo. Y Ceronetti ejemplifica con abundancia esta actitud de estar más allá del final de todo.

El ámbito de lo jurídico. Lecturas de pensamiento jurídico contemporáneo, Pompeu Casanovas y José Juan Moreso (editores), Crítica, Barcelona, 1994, 520 pp.

Partiendo de la escuela histórica alemana (Savigny, Ihering), del pragmatismo inglés y de las reflexiones marxistas sobre el derecho, es decir del núcleo «duro» del pensamiento jurídico del siglo XIX, los editores antologan el desarrollo del mismo en nuestra centuria. Así desfilan el positivismo kelseniano, la analítica neopragmática y distintas tendencias del realismo o empirismo jurídico, que ha tenido notable prosperidad en los países escandinavos y en los Estados Unidos.

El método seguido es el de las «lecturas», propio de ciertos textos universitarios del mundo anglosajón, con una breve introducción que explica la organización de la materia y los criterios de selección de dichos textos. De tal modo, se deja la voz a los autores mismos, convirtiendo el libro en una asamblea con mezcla de coloquio, en la cual podemos advertir cómo se ha imaginado el derecho en los últimos dos siglos: una emanación histórica de la cultura nacional, una convención que facilite la convivencia pacífica de los seres humanos, el estudio de un orden técnicamente formulado o el arreglo de intereses en conflicto, problemas concretos de hombres concretos.

Útil como muestrario de referencias, la antología también puede servir al curioso desavisado y a quien quiera revisar lo aprendido escolarmente, desde unas perspectivas más plurales y levantadas.

Historia de la teoría política (volumen seis), Fernando Vallespín (editor), Alianza, Madrid, 1995, 646 pp.

Terminando la serie programada por Alianza, este volumen ofrece un cumplido panorama del pensamiento político actual. Se pasa revista a escuelas diversas (neoliberalismo, contractualismo, escuela de Frankfurt, el neopragmatismo, la teoría de sistemas, el economicismo, la tecnocracia), a personalidades puntuales (Foucault, Hannah Arendt, Habermas, Marcuse) y se presenta un panorama de la materia en el ámbito español.

Los autores comprometidos son especialistas en cada aspecto de la teoría política y la historia del pensamiento: Elena García-Gutián, Elena Beltrán Pedreira, Cristina Sánchez, José Luis García Serrana, Carlos Gómez Sánchez, Julián Sauquillo, Ángel Rivero, Josep Colomer, Ramón Cotarelo, Ángel Valencia, Manuel Menéndez Alzamora, Elías Díaz y Rafael del Águila, además del compilador.

Es obvia la utilidad de este tipo de *readings*, que permiten abordar con síntesis y propiedad un material tan vasto y complejo. El único reparo que merece es la reducción del estudio al ámbito europeo y norteamericano, excluyendo la producción de otros continentes,

que se han incorporado a la escena mundial y aportando su reflexión teórica al tema. América Latina, África y Asia tienen sus voces y merecen escucharse.

El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII, Roger Chartier, traducción de Viviana Ackermann, Gedisa, Barcelona, 1994, 108 pp.

Chartier es un especialista en la historia de la lectura, el libro y las bibliotecas, que son, para él, y con razón, un mismo objeto: la formación y transmisión de una cultura a través de volúmenes de escritura. Culto es el hombre capaz de acumular, clasificar y descifrar libros, al menos para la Europa que se conforma como moderna, entre el Renacimiento y la Ilustración. Por lo que hace al tema de este estudio: del manuscrito a la imprenta.

Paralelamente, se van estructurando dos instituciones esenciales para los tiempos sucesivos: el autor, con su código de derechos al nombre y a la propiedad de las formas (no de las ideas) y el libro en tanto volumen, encuadernado, con índices, capítulos, principio-medio-fin y aparato de sostén. El libro es una imagen del mundo y una lección de cosmología, a la vez que sitúa al escritor y al lector en ese doble sistema micro/macrocósmico, de modo que es, también, una lección de antropología. No por nada el imperio del libro coincide con la explosión del humanismo y de las humanidades, que son la búsqueda de una imagen del hombre en lo que éste hace e integra, o sea: el mundo.

Chartier explora, además, la censura, es decir la cultura del silencio, y la formación de catálogos y ediciones ordenadas, lo cual da a entender que la marea de impresos desatada por la imprenta (valga la redundancia) empieza a inquietar a los letrados, que no quieren dejar escapar nada que se haya escrito, reproducido y encuadernado. Pero, sobre todo, para nuestro investigador, el libro es un destino, pues lo define su destinatario (otro útil pleonasma). El libro existe porque existe el otro, que es capaz de rehacerlo, de reescribirlo.